En el Evangelio de Lucas 10:25-37, Jesús nos regala una de las parábolas más conocidas y desafiantes de toda la Escritura: la del Buen Samaritano. Este pasaje, tan breve como profundo, contiene una enseñanza que resuena a lo largo de los siglos, invitándonos a cuestionar nuestras prioridades, a romper barreras y a extender el amor de Dios hacia todos, sin excepción.

Este artículo busca explorar el contexto, la riqueza teológica y, sobre todo, las aplicaciones prácticas de esta parábola en nuestra vida cotidiana. Porque, aunque fue contada hace más de dos mil años, su mensaje sigue siendo revolucionario en un mundo que lucha contra la indiferencia y la división.

El contexto de la parábola

La historia comienza con un doctor de la Ley que busca probar a Jesús, preguntándole: *«¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?»* (Lc 10:25). Jesús, en lugar de responder directamente, le devuelve la pregunta: *«¿Qué está escrito en la Ley?»*. El doctor responde correctamente, citando los mandamientos del amor a Dios y al prójimo. Pero para justificarse, añade una pregunta crucial: *«¿Y quién es mi prójimo?»*

Con esta pregunta, Jesús introduce la parábola, desafiando las concepciones exclusivistas de quién merece nuestro amor y compasión.

La historia: amor en acción

Jesús relata que un hombre viaja de Jerusalén a Jericó y es asaltado por ladrones que lo dejan medio muerto. Tres personas pasan por el lugar: un sacerdote, un levita y un samaritano. Los dos primeros, representantes de la religión oficial judía, lo ven, pero pasan de largo. En cambio, el samaritano, considerado un hereje y enemigo del pueblo judío, se detiene, lo auxilia, y no solo le presta atención inmediata, sino que asegura su recuperación al llevarlo a una posada y pagar por su cuidado.

Cuando termina la historia, Jesús pregunta: *«¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del hombre que cayó en manos de los ladrones?»*. El doctor de la Ley responde correctamente: *«El que tuvo misericordia de él»*. Jesús le dice: *«Ve y haz tú lo mismo»* (Lc 10:37).

La relevancia teológica

La parábola del Buen Samaritano es mucho más que una simple lección de bondad. Es un desafío a las categorías culturales, religiosas y sociales que usamos para definir quién merece nuestro amor.

1. **El amor como esencia de la Ley**
   Jesús coloca el amor al prójimo como el núcleo de la vida cristiana. En esta parábola, el prójimo no está definido por proximidad étnica, nacional o religiosa, sino por la necesidad y la compasión. Este mensaje resuena con las enseñanzas del Evangelio, donde Jesús rompe las barreras entre judíos, samaritanos, romanos y gentiles.
2. **La verdadera misericordia**
   El samaritano no solo siente compasión; actúa. Su amor no es abstracto, sino práctico, sacrificial y concreto. Se detiene, invierte tiempo, dinero y esfuerzo para cuidar a un completo desconocido. Esto refleja el amor de Dios, que no se queda en palabras, sino que se encarna en Cristo y se derrama en la Cruz.
3. **Un llamado a la universalidad**
   El samaritano representa una ética del Reino de Dios que trasciende límites humanos. Nos invita a mirar más allá de las divisiones políticas, raciales, sociales o religiosas, y a tratar a todos como hermanos en Cristo.

Aplicaciones prácticas: ser buenos samaritanos hoy

La parábola del Buen Samaritano no es solo una historia para admirar; es un mandato para vivir. En un mundo marcado por la polarización, la indiferencia y el egoísmo, las enseñanzas de Jesús son más urgentes que nunca.

1. **Romper barreras y prejuicios**

Jesús nos desafía a examinar nuestros propios prejuicios. ¿Quiénes son los «otros» en nuestra vida? Puede tratarse de alguien que piensa diferente, pertenece a otra religión, o incluso de personas marginadas por la sociedad. El amor cristiano no conoce fronteras, porque refleja el amor infinito de Dios.

2. **Amor práctico, no solo emocional**

El amor no es solo un sentimiento, sino una decisión que se traduce en acciones concretas. Esto puede significar:

- Ofrecer nuestro tiempo para ayudar a un vecino necesitado.
- Escuchar sin juzgar a alguien en dificultad emocional.
- Donar recursos a causas que apoyen a los vulnerables.

3. **Compromiso con la justicia social**

Ser un buen samaritano no significa solo actuar en emergencias, sino también trabajar para transformar las estructuras que generan sufrimiento. Esto implica abogar por los derechos de los marginados, combatir la pobreza y defender la dignidad humana.

4. **Vivir el amor en lo cotidiano**

A veces, nuestros «Jericós» son los lugares donde vivimos o trabajamos. Amar al prójimo puede significar ser paciente con un colega difícil, reconciliarnos con un familiar, o simplemente prestar atención a quienes suelen ser ignorados.

El Buen Samaritano en el contexto actual

En un mundo globalizado, la parábola adquiere un nuevo sentido. Los «heridos en el camino» son los migrantes que huyen de la guerra, las víctimas de la pobreza extrema, o incluso quienes luchan contra la soledad y la desesperación. Jesús nos llama a ser samaritanos modernos, utilizando nuestras redes sociales, recursos y voces para promover el bien común.

Asimismo, el Papa Francisco, en su encíclica *Fratelli Tutti*, nos recuerda que esta parábola es un modelo para construir una cultura del encuentro: *“El Buen Samaritano muestra que el prójimo es cualquiera que esté en necesidad, independientemente de su origen o situación”*.

Un llamado a la acción

La parábola del Buen Samaritano no es solo una lección para escuchar, sino un mandato para actuar. Como seguidores de Cristo, estamos llamados a ser luces en medio de la oscuridad, extendiendo las manos del Maestro a quienes sufren.

Hoy, más que nunca, podemos preguntarnos: ¿quién necesita mi compasión? ¿Dónde están los heridos en mi camino? Y, sobre todo, ¿cómo puedo vivir el amor radical de Dios en mi día a día?

Que esta historia nos inspire a vivir como verdaderos discípulos, rompiendo barreras y construyendo un mundo más justo y solidario. **Ve y haz tú lo mismo.**